



ma ofrecida por la reina, un jubon de terciopelo (1) al que primero señalára la tierra.

Hecho esto, se retiró á su cámara. ¿Qué pasaría entonces allí? Viéndose tan cerca de la realizacion de sus deseos, ¡cuán grande no debió ser el fervor de su plegaria! ¡Con cuánta ternura no daría gracias á su Divina Majestad por su constante proteccion!

A eso de las diez (2) subió Colon á la cubierta, y no bien hubo llegado, divisó á lo lejos una luz; pero al traves de la densa oscuridad no quiso afirmar por sí que fuera de tierra, y llamó á un oficial de la servidumbre del rey, Pedro Gutierrez, diciéndole mirase á su vez. Gutierrez reconoció que así era en efecto, y el comandante hizo venir entonces al comisario de marina Rodrigo Sanchez de Segovia; pero mientras llegó, desapareció en las tinieblas. Despues de un intervalo tornó á brillar una ó dos veces, y era como la llama de un hachon que subia y bajaba alternativamente, cuyo movimiento, sin importancia para el resto de los marineros, dió á conocer á Colon con exactitud la vecindad de la tierra.

Navegaba la escuadrilla perfectamente: á las doce, segun las órdenes del comandante, se acortaron las velas, y aunque parecia iban con lentitud, una fuerte corriente los impelia hácia el O.; y la *Pinta*, como buena andadora, se ha-

(1) Las Casas, dice, un jubon de seda, y Fernando Colon un jubon de terciopelo. Adoptamos de preferencia lo segundo, como más natural y verosímil.

(2) «Du hore avanti mezza notte.» Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. XXI.

bia adelantado mucho á sus compañeras. A bordo de cada buque la espera y la ansiedad eran unánimes, extremadas é indescriptibles, pues sus tripulantes, electrizados con la solemne afirmacion de su jefe, y sin dudar ya de sus palabras, no quisieron entregarse al sueño. Devoraban el espacio, buscando penetrar con su ávida mirada por las inciertas sombras, cuando de repente reluce un foganazo, y un estampido resuena á lo léjos: ¡Tierra! ¡Tierra! gritan con voz estridente los marineros, y el eco de tan mágica palabra se repite una y otra vez por aquellas soledades, hasta perderse confundido con el dulce murmullo de las olas. Juan Rodriguez Bermejo, de la *Pinta*, la habia visto. Señalaba el reloj de la *Santa Maria* las dos de la madrugada, cuando Cristóbal, al escuchar la detonacion, cayó de rodillas, y levantando al cielo las manos entonó lloroso el *Te Deum laudamus*, respondiendo en coro la regocijada gente á los acentos conmovidos de su caudillo. Sólo despues de cumplir con el deber religioso, se dió curso á la alegría que rebosaba en los pechos.

Por órden de Colon se amainaron las velas, no dejando más que la de trinquete, y se pusieron al paio para esperar el dia. La prudencia del comandante, que nada olvidaba, hizo pener la flotilla en estado de defensa, porque se ignoraba lo que el sol alumbraría. Se limpiaban las armas, se sacaban los uniformes de gala, los amigos y parientes se felicitaban, y la tripulacion en masa de la capitana se presentó á Colon para tributarle sus respetos y rendir homenaje á su ingenio.

CAPÍTULO XIV.

La isla de San Salvador.—Santa María de la Concepcion.—Archipiélago de las Lucayas.—Isla Fernandina é Isabela.—Busca del oro.—La isla de Cuba.—Mar de Nuestra Señora.—Puerto Santo.—Amor de Colon á la naturaleza.—De la isla imaginaria de Babeque.—Descubierta de la Española, naufragio de la «Santa María,» hospitalidad del rey Guacanagari, y primer establecimiento de los europeos en las Antillas.

El viérnes 12 de Octubre de 1492, al romper el alba, se vió desprenderse de las sombras y destacarse, como si saliera de las aguas, una tierra floreciente, cuyos bosques, dorados con los primeros rayos del sol, exhalaban mil desconocidos perfumes, y seducian la vista con su risueña perspectiva. Avanzaron las carabelas reconociendo una isla de bastante extension y nada montañosa: espesas florestas cortaban el horizonte, y en sus claros relucia como un espejo el agua cristalina de un lago. Las ondulaciones del terreno, cubierto con vigorosa vegetacion, formaban, por decirlo así, como un marco de media caña salomónica á una playa espaciosa, hácia la cual se dirigieron.

No bien cayeron las anclas, que lleno de recogimiento, revestido de un manto escarlata, llevando en la diestra el estandarte de la expedicion, que ostentaba la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, bajó Colon la escalera y entró en la chalupa, seguido de su estado mayor. A su vez los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, con las banderas de la empresa, tomaron sitio en sus canoas, que en pocas remadas ganaron la orilla.

Colon, sin poder contener su entusiasmo, y

mudo de fecilidad, saltó el primero con ardor juvenil. La dicha reanimaba sus fuerzas, y apenas hubo pisado la nueva tierra, plantó en ella significativamente el estandarte de la cruz. No pudiendo contener su reconocimiento al Supremo Autor de la descubierta, se prosternó é inclinó tres veces consecutivas su frente al suelo, y besó (1), regándola con sus lágrimas, la playa desconocida á que lo condujo la bondad divina. Conmovidos como él, todos los que lo acompañaban, se arrodillaron á su ejemplo, y levantaron en el aire un Crucifixo (2), mientras Cristóbal, en la efusion de su gratitud, alzando las manos al cielo, halló en lo más íntimo de su corazon una plegaria admirable, cuyas primeras palabras ha recogido la historia... ¡Dios eterno y Todopoderoso! Bendito y alabado sea tu nombre en todas partes, y exaltada tu majestad que se ha dignado permitir que por mí, tu humilde siervo, se conozca é invoque

(1) «Inginocchiati baciono la terra tre volte piangendo di allegrezza.» Ramusio, *Delle navigazioni é viaggi raccolte*, tomo III, foglio I.

(2) Robertson, *Historia de América*, t. I, l. II, página 120.



tu sagrado nombre en esta parte del mundo... (1).

Su agradecimiento y su piedad se desahogaron en expresiones sublimes, y levantándose despues con majestad y desplegando el estandarte de la cruz, ofreció á Jesucristo las primicias de su descubrimiento, poniendo á la isla el nombre de San Salvador (2). Sacó luégola espada, imitándolo sus oficiales, declaró tomar posesion de aquella tierra en nombre de Nuestro Señor, para la corona de Castilla, y mandó al escribano mayor de la flota, con presencia del comisario de marina y de los capitanes, extender el acta en la forma prescrita.

Habiendo tenido lugar el descubrimiento, las condiciones del tratado con los reyes en la vega de Granada estaban cumplidas, y de consiguiente, los títulos de virey, gran almirante y gobernador general de las islas y tierra firme que descubriese en las Indias le pertenecian de derecho. En seguida, todos los circunstantes, llenos de admiracion y entusiasmo, lo reconocieron por tal, prestándole juramento de ebediencia, expresándole muchos el dolor que les causaba recordar su pasada conducta, rogándole la olvidase y prometiéndole una fidelidad á toda prueba en lo sucesivo.

Pasado el acto de la toma de posesion, dispuso que los carpinteros formáran con dos ramas de árbol una cruz grande. Llamábase lo descubierto (3) en lenguaje de los indígenas Guanahani, y es centro de la primera línea de las Lucayas, ocupándolo tambien en el gru-

(1) P. Claudio Clemente, *Tablas cronológicas de los descubrimientos*, década primera. Esta plegaria de Colon se repitió luégo por orden de los reyes de Castilla en los posteriores descubrimientos. Hernan Cortés, Vasco Nuñez de Balboa, Pizarro, etc., debieron emplearla oficialmente.

(2) «La llamó á gloria de Dios que se la habia mostrado, librándolo de muchos peligros, San Salvador.» Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo XXV.

(3) No hallando los protestantes ingleses bastante hermoso para figurar en sus cartas de navegacion el nombre de *San Salvador*, lo han reemplazado con el de *Gato*, y en sus atlas hidrográficos la isla de San Salvador lleva el honroso nombre de *Isla del Gato*. (Cat-Island!)

po prolongado que constituye el archipiélago de Bahama. Sin embargo de no verse ninguna habitacion, estaba bastante poblada; pero los naturales, espantados con la aparicion de las carabelas, que unos tomaban por mónstruos salidos del mar y otros por seres celestiales, se refugiaron temblorosos en lo más intrincado de los bosques. Mientras que el escribano Rodrigo de Escobedo, rodeado de los oficiales de la corona, del juez de la flota, del veedor y de los capitanes, extendia sobre su rodilla el testimonio, los habitantes, que hasta entónces permanecieron escondidos entre el follaje, comenzaron á salir, y tranquilizados con la expresion de serenidad, grandeza y benevolencia que respiraba la fisonomía de Colon, á quien su talla elevada, su rico traje, el brillo de sus armas y la deferencia de su séquito les designaba como caudillo de los hombres misteriosos, fueron saliendo poco á poco. Uno tras otro osaron acercarse más y se pusieron de rodillas en su presencia, palpando sus ropas y sus piernas para convencerse de que era una realidad y no soñaban; pero sin duda alguna lo que más asombro les causó fué ver las espesas barbas de los españoles. Á imitacion del almirante acogieron los suyos á los inocentes salvajes con bondad, y se prestaron gustosos á su exámen.

Observó Colon que todos eran jóvenes y dierian de los africanos por el color, la forma de la cabeza y de las piernas, y su estatura era bastante elevada, y el matiz de sus carnes los asemejaba á los de las Canarias. Tenian la frente y el cráneo muy anchos, bien rasgados los ojos, poblada la cabellera, recortada por la frente y cayendo sobre las espaldas, lampiña la cara, rectas las piernas, y el cuerpo muy proporcionado. Iban en la desnudez más completa, pero se pintaban los miembros de diversos tintes, quién de rojo, quién de blanco, quién totalmente, quién sólo la cara, quién no más que las narices; éstos eran los elegantes. Sus armas consistian en palos endurecidos al fuego, y un diente de caiman ó un pedernal en la punta.

Apénas llegado al Nuevo Mundo, y como si los indios hubieran adivinado que el almirante gustaba de los perfumes, le ofrecieron un haz



de hierbas secas aromáticas (1). Reconoció Colon en la repentina amistad que se habia establecido entre unos y otros, que, usando de dulzura mejor que de intimidacion, sería fácil convertirlos al cristianismo, y para disponerlos mejor en favor suyo les regaló gorros de colores, abalorios, cascabeles y mil bujerías más, que parecian á los hijos de las selvas de inestimable valor, y por las cuales ofrecian respetuosamente cuanto tenian.

La tripulacion de las carabelas pasó el resto del dia solazándose en los sombríos bosques, y así que los carpinteros hubieron dado de mano á su tarea, Colon hizo ensanchar el hueco practicado con el asta de la bandera, que clavó por la mañana, y erigir la cruz (2), que sostuvo con sus propias manos, cantando el himno *Vexilla regis prodeunt*; y luégo que estuvo fija en el suelo, entonó el *Te Deum laudamus*.

No hizo Colon plantar aquella cruz tan sólo para dejar una señal de haber sido ocupado ya aquel terreno (3), sino con el fin de consagrar por su medio el objeto de su descubrimiento, é indicar en las fronteras del Nuevo Mundo que tomaba posesion de él en nombre de nuestro redentor Jesu-Cristo (4). Á puestas del sol rezó la oracion de la tarde al pié de la cruz, y asiendo su estandarte, el *labarum* con que venciera el horror á la *mar Tenebrosa*, el espanto á la inmensidad, los azares del moviente elemento y los tumultos de los marineros, tornó á su carabela.

Al dia siguiente al amanecer, rodeaban los indígenas á los tres buques, en piraguas de una sola pieza, y de trabajo admirable, si se atiende á que ignoraban de todo punto el uso

(1) «Unas hojas secas que debe ser una cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador dellas en presente.» *Diario de Colon*, Lunes, 15 de Octubre.

(2) «Collocata in luogo della bandiera.» Ramusio. *Delle navigazioni e viaggi raccolte*, tomo III, fol. 2.

(3) A ejemplo de Washington Irving, la escuela protestante se ha guardado bien de decir una sola palabra acerca de la ereccion de esta cruz.

(4) *Ma per lasciare un segno d'haver preso la possessione in nome di Nostro-Signore Jesu-Cristo.* Ramusio, *ibid.*

del hierro. Remaban con una especie de palas de horno, cortas y anchas, llamadas gullas, y traian ovillos de algodón, venablos y loros domesticados, para cambiarlos hasta por pedazos de porcelana y de vasos rotos, llegando á dar treinta libras de algodón hilado por una blanca, trueque desproporcionado, cuya repeticion prohibió el almirante, no queriendo que se abusára de tal modo del candor de los indios en cosas de comercio.

Al despuntar el alba el 14 de Octubre, hizo armar Colon la lancha de la *Santa Maria* y los botes de la *Pinta* y de la *Niña*, con el objeto de reconocer la isla por el otro lado. Tribus enteras, noticiosas de su llegada, se dirigian hácia ellos, llamándolos y trayéndolos agua fresca y vituallas; y dando gracias al Señor por tan singular visita, se interrogaban unos á otros y estimulaban con grandes voces á los morosos y ancianos diciéndoles: Venid á ver los hombres que han descendido del cielo, y traedles de comer y de beber; al oír lo cual, acudian apresuradamente con víveres individuos de ambosexos, bendiciendo á Dios á su manera, que consistia en arrojarse al suelo y levantar los brazos en alto.

Reconoció el almirante en medio de bosques bravos, huertas fácilmente regadas, verjeles deliciosos y «piedra propia para edificar iglesias» (1). Retuvo á bordo á siete indígenas que deseaba llevar á Castilla para presentarlos á los reyes, enseñarles la lengua española, hacerlos cristianos y devolverlos en seguida á su patria, y dióse á la vela.

Apénas se hubo apartado de la isla de San Salvador, se vió en la más grata de las indecisiones, pues á medida que avanzaba, parecia salir de las aguas multitud de islas cubiertas de follaje, que se extendian por todos los puntos del horizonte. No se podian contar; los indios de á bordo nombraban más de ciento, y todavia quedaban muchas: su perspectiva incitaba á la curiosidad: no sabiendo por dónde comenzar la exploracion de este archipiélago,

(1) *Diario de Colon*. Esta observacion hecha el 14 de Octubre de 1492 no fué mencionada sino por casualidad el 5 de Enero de 1493.



se dirigió el contemplador de la naturaleza hacia la isla que le pareció más grande, distante unas siete leguas. Llamóla Santa María de la Concepcion, y al desembarcar procedió á la toma de posesion en la forma solemne, es decir, erigiendo una cruz. Era en extremo llana, y parecia ser muy fértil, y sus habitantes por la fisonomía, la desnudez, la confianza y la dulzura de su carácter recordaban los de San Salvador. Admiraban tambien á los extranjeros milagrosos, les dejaban reconocer libremente su tierra y les daban con respeto cuanto les pedian.

Dirigióse en seguida Colon en demanda de otra isla, que atendiendo á las susceptibilidades del rey, nombró Fernandina, áun ántes de desembarcar. Los naturales, semejantes á los ya vistos, parecian sin embargo, como dijo el vi-rey, «más dóciles y tratables, más civilizados y hasta más arteros» (1). Trabajaban el algodón y fabricaban hamacas, mantillas y nagüetas para las mujeres casadas; y sus chozas, construidas en forma de tiendas de campaña, daban fe de su esquisito aseo.

Mientras que bajo la proteccion de un piquete, los marineros de servicio hacian aguada, el almirante se paseaba embelesado por los bosques, y admiraba agradecido la multitud de plantas que tenia á su alrededor, procurando conocerlas. Desplegaba la vegetacion un lujo nunca visto, y su variedad era infinita. La abundancia y la espesura de los árboles hacia que las ramas, los troncos y los retoños confundieran sus brazos, mezclando sus hojas de tal modo, que uno mismo parecia llevar por partes cañas y lantiscos. Oprimidos entre sí los vegetales, entrelazaban su follaje, hasta el extremo de producir esa ilusion que despues han experimentado los botánicos allí: por eso en los primeros dias creyó Colon que aquellos árboles diversificaban sus productos.

Habiéndole dicho los indígenas que á cierta distancia estaba una grande isla llamada Saometo, cuyo rey llevaba vestidos y mucho oro sobre su persona, salió inmediatamente para ella.

(1) *Diario de Colon*. Mártes 16 de Octubre de 1492.

Y vió una tierra fecunda, risueña y accidentada de un modo pintoresco por eminencias coronadas de bosques, y aspiró los balsámicos olores que recogia la brisa, al pasar por las florestas y esparcirlos sobre el mar. El contemplador de la obra de Dios deleitaba su olfato con aquel ambiente extraño en Europa, admiraba las transparencias de las aguas, la suavidad del aire y el brillo del cielo, y no sabia adonde echar el ancla. «Mis ojos, decia, no se cansaban de mirar un verde tan hermoso y tan distinto del europeo..... Las flores y los árboles de la playa nos enviaban un olor tan grato, que era lo más suave que podia respirarse» y como lo convidaban por todos los puntos de la orillas nuevos encantos, andaba indeciso, sin saber á cuál preferir.

Al desembarcar reconoció la superioridad de esta isla sobre las demas. Estaba cubierta de magníficos y soberbios árboles, y de hierba tan alta como en el mes de Abril en Andalucía: inmensas lagunas la daban deliciosa frescura, y á cada momento innumerables bandadas de loros oscurecian el sol. El canto y los relucientes plumajes de multitud de aves, nunca vistas en Europa, la pureza del ambiente, los extraños productos del suelo y el aspecto de la nueva naturaleza, al par que lo sorprendieron, lo inclinaron á bautizarla con el nombre de la real asociada de su fé, de sus esperanzas y de su celo evangélico: llamóse, pues, Saometo, la Isabela.

Al acercarse los extranjeros, sus habitantes se huyeron en desordenada fuga, llevando consigo todos sus adornos, salvo los muebles, á los cuales prohibió tocar el almirante bajo las penas más severas. A poco rato los indígenas, viendo que no se ocupaban los españoles de perseguirlos, se fueron acercando para hacer cambios. Algunos traian suspendidas del cuello y narices laminitas de oro, que trocaban gustosos por pedazos de vidrio, tazas rotas y escudillas de barro.

Colon pasó unos dias en esta isla, en la espera de un cambio considerable de oro que le habian prometido, y miéntras tanto la examinó con escrupulosidad, no pudiendo por ménos de escribir estas palabras en su *Diario*: «La di-



versidad de los árboles y frutos de que están cargados, con los perfumes que embalsaman el aire, me asombran y me miran, y no parece sino que faltan las fuerzas para abandonar estos sitios al que los ha visto una vez.» (1) Y desconsolado de no conocer los nombres y las propiedades de tantos vegetales, añadió: «Es imposible estar más apesarado que yo de no saberlos, porque estoy muy cierto del gran mérito de todos ellos,» y tal fué su sentimiento, que por tres veces consecutivas lo manifestó en las siguientes ó parecidas palabras: «Creo que hay aquí muchas producciones que tienen gran precio en España entre tintoreros, boticarios y mercaderes; pero no las conozco, y es para mí la mayor pena del mundo.»

Paseándose á la orilla de un lago, divisó el almirante un leguano, armado de garras, con erizadas escamas y cabeza horrible; verlo y atacarlo fué la misma cosa para él, pues era menester habituar la intrepidez española á los animales de aquel país desconocido. El leguano zambulló, pero como el agua no estaba muy profunda, lo persiguió Colon, y á lanzadas lo mató; su piel tenia siete pies de largo (2).

Como con el noble deseo de conocer las obras de Dios y de adquirir oro se confundiera Colon ante la multitud de islas y la cantidad de objetos nuevos que se ofrecian á su reflexion y á su entusiasmo, tuvo que resignarse á contarlas no más; porque como escribia á la reina, «su objeto no era el de visitarlas en detalle, pues no hubiera concluido en cincuenta años, sino por el contrario, ver y descubrir las más que pudiese» (3).

En el primer viaje, despues de haber revelado la existencia de aquellas desconocidas regiones tenia más interes en adquirir oro y reunir una gran cantidad que en estudiar la naturaleza. Y lo buscaba para interesar á España en la prosecucion de los descubrimientos, mostrando con él la prueba palpable de su

importancia, y sobre todo para dar principio al tesoro inmenso que queria reunir para la emancipacion de los Santos Lugares y el rescate del sepulcro de Jesucristo, idea que no se apartaba un instante de su imaginacion, y era causa de su ambicion desmedida.

Anhelaba, pues, recoger, para convertirlas en oro, las especerías y cuantas preciosidades produce el Oriente, en cuyas puertas se creia: por donde quiera que iba inquiria con diligencia los países en que lo habia; su vista excitaba en él los más vivos deseos; jamas ningun cristiano ansió el oro con tanta vehemencia como Colon, que no hallándolo tan pronto como se lo prometió en un principio, invocó á Dios, rogándole lo llevara á los criaderos, y se los mostrara. No bien hubo tomado posesion de San Salvador, fué á examinar atentamente á los indios, dice él, con el objeto de averiguar si allí lo tenian» (1). Al otro dia de su llegada por tres veces habló en su *Diario* del mismo asunto. Apenas fondea en Santa María de la Concepcion, salta en tierra cerca de un cabo, para adquirir noticias del suspirado metal, y se ocupa de unas islas en que debia existir, añadiendo: «Pueden encontrarse aquí muchas cosas que yo ignoro, porque no quiero detenerme, á fin de no privarme de visitar y reconocer porcion de islas para dar con el oro:» y prosigue con candor infantil: «Con la ayuda de nuestro Señor no puedo menos de encontrarlo allí donde nasce.» (2) Preocupóle mucho en la Fernandina una gran lámina de oro que llevaba en las narices un indígena, y reprendió á su gente por no haberla comprado. Prosiguió despues su rumbo, anunciando que se detendria solamente en los parajes en que se hallase oro en abundancia, y hacíasele largo el camino á la isla de Saometo, porque los indios se dejaron decir que en ella estaban las fuentes auríferas. En la Isabela provocaron su curiosidad los adornos de oro, que se ponian los insulares en las narices, y se detuvo allí, esperando que se lo trajeran á trueque de bugerías de Europa. Mas no era allí donde crecian

(1) *Diario de Colon*. Viérnes 19 de Octubre de 1492.

(2) *Diario de Colon*. Domingo 21 de Octubre de 1492.

(3) *Diario de Colon*. Viérnes 19 de Octubre de 1492.

(1) *Diario de Colon*. Sábado 13 de Octubre de 1492.

(2) *Ibid.* Lúnes 15 de Octubre.